

VÍCTOR MANUEL ARBELOA

La Semana Trágica  
de la Iglesia en España

(8-14 de octubre de 1931)



ENCUENTRO

## ÍNDICE

Presentación .....	9
Nota del autor .....	14
INTRODUCCIÓN: DEL 14 DE ABRIL AL 1º DE OCTUBRE .....	15
I. LA PRIMERA SEMANA DE OCTUBRE .....	53
II. JUEVES, 8 DE OCTUBRE .....	104
III. VIERNES, 9 DE OCTUBRE .....	137
IV. SÁBADO, 10 DE OCTUBRE .....	176
V. DOMINGO Y LUNES, 11 Y 12 DE OCTUBRE .....	219
VI. MARTES, 13 DE OCTUBRE .....	247
VII. LA MADRUGADA DEL MIÉRCOLES, DÍA 14 .....	289
A MODO DE EPÍLOGO .....	345
I. Consecuencias inmediatas de la aprobación del texto constitucional .....	345
II. Daños sufridos por el régimen .....	348
III. Una nueva ocasión perdida .....	351
APÉNDICES .....	355
I. Proyecto de Constitución .....	357
II. Constitución de la República española .....	364
III. Los diputados católicos a la opinión .....	372
Índice alfabético .....	376

## PRESENTACIÓN

Víctor Manuel Arbeloa Muru es una de las figuras más interesantes de la vida española de la segunda mitad del siglo XX y de lo que llevamos del tercer milenio. Seguramente sin quererlo, es expresión inteligente, en clave biográfica, de la historia de la cultura de este tiempo. Su singladura es la de no pocas personas, de muy diverso nivel cultural, de la época que le ha tocado vivir.

Nació en un pueblo de Navarra y en una familia carlista. Su padre, voluntario en el requeté, murió en el frente durante la Guerra civil, después de haber escrito una resma de cartas a su esposa que son una preciosidad, y no precisamente por retóricas. Víctor Manuel ha explicado alguna vez que, mientras vivió su madre —junto a él—, la lectura de aquellas cartas y el ciclo anual de la memoria de la muerte del padre se repitió dolorosamente, tal vez durante más de medio siglo.

Se formó en el seminario de Pamplona cuando terminaba el pontificado de Pío XII, días en que soplaban en la Iglesia los vientos de un segundo empeño antimodernista que no fue tan famoso pero que no fue menor que el de Pío X.

Y se incorporó, por lo tanto, a la onda reformista que ganó la Iglesia católica en los años sesenta, en torno al acontecimiento del concilio Vaticano II.

Formado como historiador y teólogo en Roma, militaba ya en lo que algunos dieron en llamar «progresismo cristiano» cuando la eclosión de mayo de 1968 creó en los círculos académicos de todo

Occidente las condiciones idóneas para que todas las propuestas rupturistas fueran acogidas como muestra del imperio absoluto de la creatividad humana.

Él, como otros hombres de la Iglesia, conocía la propuesta de Montuclard según la cual el socialismo era el sistema de gobierno más próximo al cristianismo y fue acercándose a él, hasta militar propiamente en las filas del Partido Socialista.

De aquellos años de aproximación a esa postura, data la redacción de este libro, que se publicó por primera vez en 1976. Eran días en que, entre los católicos españoles más cultos, se debatía abiertamente la valoración moral que merecía su propia participación, o la de sus padres, en la Guerra civil y junto a Franco.

Eran días —me atrevo a decir, amparado en que mi camino fue justo el contrario— en que no se distinguía con toda la claridad necesaria la realidad de 1931, la de 1936, la de 1939 y la de 1975. Quiero decir que la condena —merecida, a mi juicio— de un régimen de dictadura empañaba la posibilidad de que, en 1936, en España, sencillamente, no se pudiera vivir en paz.

En la otra España que era ya la de 1976, después de quince años de enorme desarrollo económico, no era fácil ponerse en el pellejo de quienes vivieron las angustias de 1936 en cualquiera de los dos frentes. Resultaba muy fácil culpar al vencedor, aunque, en puridad, cuarenta años de dictadura lo hubieran convertido en perdedor, una vez fallecido.

Víctor Manuel Arbeloa fue, entonces, uno de los fautores de la Transición en Navarra y ocupó escaños en el Congreso, en el Senado, en el Parlamento Foral y en el Europeo.

Pero, en esos años de militancia política, sucedió algo principal que no podía sino remover las entrañas de un hombre de bien. Me refiero a la continuación del terrorismo de ETA y al imperialismo nacionalista vasco en relación con Navarra. Por ahí no pasó.

Otra circunstancia bien triste —los escándalos de corrupción que afectaron a su propio partido— le animaron a apartarse de la política que solemos llamar «activa», sin abandonar, no obstante, la militancia de sus escritos —frecuentes— en los periódicos españoles, especialmente en el *Diario de Navarra*, que había sido (y es) baluarte del rechazo al imperialismo terrorista a que acabo de referirme.

## Presentación

Era la lección del silencio. Son muy pocos pero son varios hoy los españoles cultos de mayor importancia que, después de militar en la oposición a Franco, soportan desde hace años las amenazas pertinaces de los etarras porque no se han plegado al chantaje de la amenaza y el terror. Uno de ellos es Víctor Manuel Arbeloa.

Debo añadir que, en todos estos años, Víctor Manuel Arbeloa ha escrito una obra amplia e importante, que va desde la poesía a la historia y el ensayo. En la historiografía, siempre destacará la edición del Archivo Vidal i Barraquer, que preparó junto al inolvidable humanista que fue Miquel Batllori y la colaboración de los monjes de Montserrat.

El libro que publicamos se ha de entender en todas estas coordenadas: es un libro de 1976 sobre 1931, escrito con espíritu progresista por alguien que empezaba a observar que aquellos vientos de 1931 bien pudieron causar tempestades como la de 1936. Se centra en los días de octubre de 1931 en que los gobernantes de la República —incluidos no sólo los miembros del Gobierno, sino también los diputados en Cortes y los gobernadores civiles, entre otros— abrieron la veda contra la Iglesia y contribuyeron, de forma decisiva, a hacer irrespirable la República a gran número de españoles, que no eran antirrepublicanos, sino simplemente católicos.

En sus investigaciones, Víctor Manuel Arbeloa no ha desdeñado la consulta de documentación inédita de archivo; pero una de sus características es la capacidad para sacar partido de la riqueza expresiva que hay en la prensa de la época. En este libro, las fuentes principales son precisamente ésas —la hemerografía de aquellos días—, entre las que hay que incluir, sin embargo, el *Diario de las sesiones de Cortes*, además de la documentación del Archivo Vidal i Barraquer, en el que trabajaba por entonces, según queda dicho.

El libro explica bien cómo la política anticatólica de octubre de 1931 terminó de *expulsar* de la República a muchísima gente que quería vivir en ella, sólo que de manera que la dejaran en paz.

La situación actual de España, en esto, tiene algo de trágica comedia. Digo comedia porque la historia nunca se repite, por fortuna (es imposible que se repita jamás), y el bienestar actual de España nada tiene que ver con la pobreza de 1931. Que no es factor menor para explicar que los españoles de hoy no estén dispuestos a ir a una guerra civil, por mucha vejación que padezcan.

Por fortuna.

Lo que es desafortunado, a mi entender, es que se atice el fuego —casi con exactitud, el mismo fuego— que prendió desde 1931 y que dio lugar a la enorme tragedia de 1936-1939, cuya memoria —toda la memoria— es necesario mantener. Pero con el deseo expreso de que ayude a que no vuelva a repetirse.

Algunos españoles de hoy se pueden alegrar, como otros españoles de 1931, del desdén y, a veces, la ofensa con que se trata el hecho cristiano. Pero debían preguntarse por qué no emplean el mismo desdén, en público, para referirse al hecho hebreo o al hecho musulmán. Descubrirían, sin duda, que eso demuestra que no les mueve el respeto a los demás, sino algo que se parece al miedo.

Los católicos de 2006, por fortuna, no damos miedo.

Lo lamentable es que no merezcamos respeto.

Sin lugar a dudas, tendremos que preguntarnos también si hemos contribuido a ello, sin conformarnos con lamentaciones jeremiáticas sobre la maldad de los que gobiernan. Pero bueno sería que nos lo preguntáramos todos, también los que gobiernan o aplauden a quienes gobiernan en contra de la Iglesia. Y es que hay varios hechos que se presentan como contradictorios y que reclaman reflexión.

Uno es que la mayoría de los gobernantes de la izquierda española es de formación —familiar, académica, incluso parroquial— netamente católica. Y eso es suficientemente llamativo como para que ellos y nosotros (y los responsables de las instituciones católicas de enseñanza) nos hagamos preguntas.

Otro es que uno de los sectores que hicieron más difícil la continuidad del Régimen desde el entorno de 1968 fue el de los militantes de los movimientos obreros y juveniles católicos, incluidos no pocos eclesiásticos y la suma importante de obispos que permitió que las iglesias se convirtieran en refugio de los antecesores de quienes hoy militan contra la Iglesia. ¿Por qué parecen haberlo olvidado (unos y otros) y se soporta la acusación de que la Iglesia fue un apoyo, sin más, del Régimen?

Quizá sea esta parte de la memoria histórica la que urge recuperar, más que la de nuestros muertos, a quienes, en realidad, casi nadie ha olvidado.

## Presentación

De lo que casi todos nos habíamos olvidado, por fortuna, es de odiar a nadie por ellos. Y es eso —esa memoria, la del perdón de todos para todos— la que urge recuperar.

Todo esto hace extremadamente aleccionadora, a mi juicio, la relectura del libro de Víctor Manuel Arbeloa, con la conciencia de que es un libro de 1976 que vuelve a ser oportuno treinta años después. Pero por razones muy diferentes.

José ANDRÉS-GALLEGO